

12 del Doce

12

# EL DESEADO



RAFAEL MARÍN  
AUREO LORENZO

AUREO

12 del Doce  
12



---

# EL DESEADO

---

Guión  
RAFAEL MARÍN

Dibujos  
AUREO LORENZO

 Diputación  
de Cádiz

CÁDIZ, 2012

© Diputación de Cádiz  
© Rafael Marín  
© Aureo Lorenzo  
© Felipe Hernández Cava  
© José Joaquín Rodríguez  
© Melchor Prats  
Dirección artística y diseño: **Fritz**

Editan: **Diputación de Cádiz**  
**Servicio de Publicaciones**  
Calle San José, 7 dpdo.  
11004 Cádiz  
Tel.: 956 808 311 - Fax 956 228 249  
e-mail: publicaciones@dipucadiz.es



Imprime: Línea Offset, S.L.  
ISBN: 978-84-92717-48-4  
Depósito legal: CA 437-2012  
Primera edición: Diciembre de 2012

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

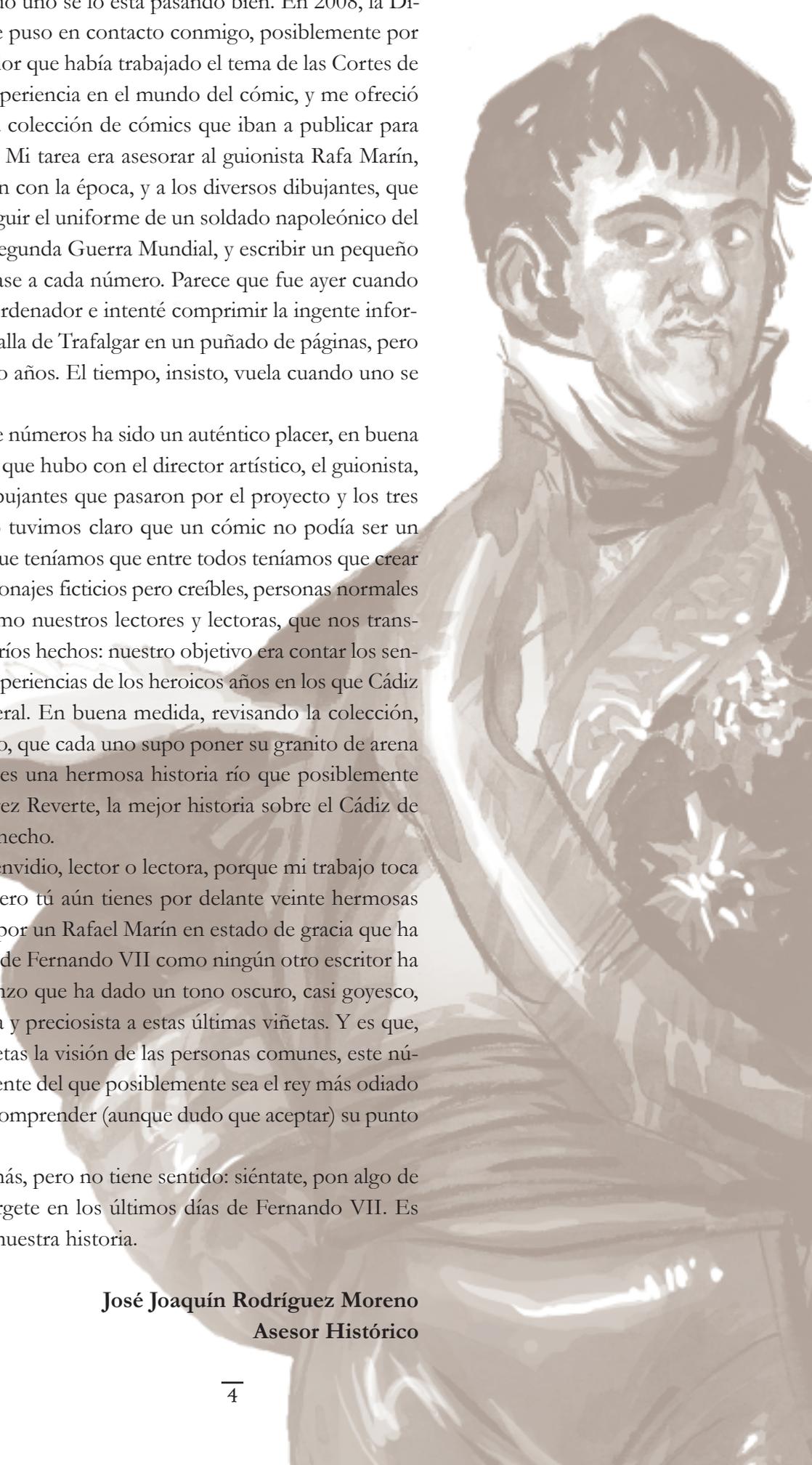
**E**l tiempo vuela cuando uno se lo está pasando bien. En 2008, la Diputación de Cádiz se puso en contacto conmigo, posiblemente por ser el único historiador que había trabajado el tema de las Cortes de 1812 y además tenía cierta experiencia en el mundo del cómic, y me ofreció ser el asesor histórico de una colección de cómics que iban a publicar para conmemorar el Bicentenario. Mi tarea era asesorar al guionista Rafa Marín, que se manejaba bastante bien con la época, y a los diversos dibujantes, que en ocasiones no sabían distinguir el uniforme de un soldado napoleónico del de un soldado alemán de la Segunda Guerra Mundial, y escribir un pequeño texto histórico que acompañase a cada número. Parece que fue ayer cuando me senté ante el teclado del ordenador e intenté comprimir la ingente información que tenía sobre la batalla de Trafalgar en un puñado de páginas, pero realmente sucedió hace cuatro años. El tiempo, insisto, vuela cuando uno se lo está pasando bien.

Trabajar en estos doce números ha sido un auténtico placer, en buena medida por la buena sintonía que hubo con el director artístico, el guionista, la mayoría de los dieciséis dibujantes que pasaron por el proyecto y los tres coloristas. Desde el principio tuvimos claro que un cómic no podía ser un libro de texto ilustrado, sino que teníamos que entre todos teníamos que crear y dar profundidad a unos personajes ficticios pero creíbles, personas normales como nosotros mismos y como nuestros lectores y lectoras, que nos transmitiesen mucho más que los fríos hechos: nuestro objetivo era contar los sentimientos, las tragedias y las experiencias de los heroicos años en los que Cádiz fue España y España fue liberal. En buena medida, revisando la colección, creo que lo hemos conseguido, que cada uno supo poner su granito de arena y que el producto resultante es una hermosa historia río que posiblemente sea, junto a *El Asedio de Pérez Reverte*, la mejor historia sobre el Cádiz de las Cortes que jamás se haya hecho.

En buena medida te envidio, lector o lectora, porque mi trabajo toca a su fin con estas palabras, pero tú aún tienes por delante veinte hermosas páginas de historieta escritas por un Rafael Marín en estado de gracia que ha sabido captar la personalidad de Fernando VII como ningún otro escritor ha sabido, y por un Aureo Lorenzo que ha dado un tono oscuro, casi goyesco, pero al mismo tiempo realista y preciosista a estas últimas viñetas. Y es que, tras leer durante once historietas la visión de las personas comunes, este número nos introducirá en la mente del que posiblemente sea el rey más odiado de la España del siglo XIX y comprender (aunque dudo que aceptar) su punto de vista.

Podría decir mucho más, pero no tiene sentido: siéntate, pon algo de música si te apetece, y sumérgete en los últimos días de Fernando VII. Es una historia terrible, pero es nuestra historia.

**José Joaquín Rodríguez Moreno**  
Asesor Histórico



Toda celebración oficial se presta, sean quienes sean sus promotores, a una acumulación de eventos que, las más de las veces, no dejan otra huella que la lucrativa para quienes tuvieron la habilidad de concebirlos y los contactos necesarios para materializarlos. Y tengo la sensación de que la Constitución de 1812 no ha podido escapar del todo a ese hábito salvo en contados casos, entre los que cuento esta iniciativa de editar doce excelentes tebeos, que llegan con este último título a su final.

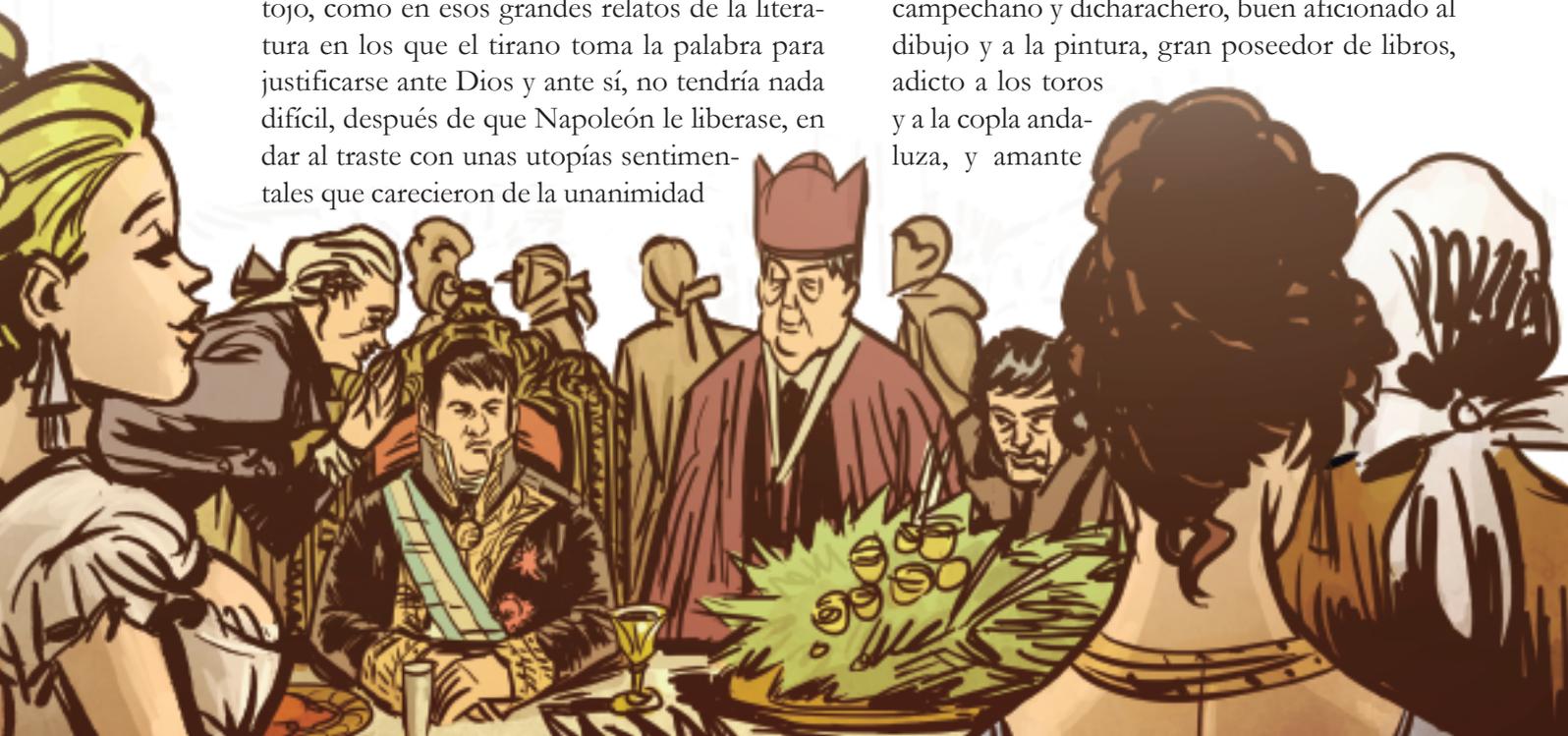
Rafael Marín, auxiliado por una gavilla de notables dibujantes, ha hecho un trabajo encomiable con el que acercarnos a aquellos momentos sobre los que, salvo en el caso de algunos historiadores, al común de los mortales parece agradarnos más su mitología que su realidad. Esos días de constitucionalismo supusieron un paréntesis en una Historia, la nuestra, en la que el pueblo español estaba bien lejos de las ensoñaciones de aquella minoría liberal que quiso aprovechar la ausencia forzosa del nefasto monarca para trocar la noción de nación-patrimonio que Fernando VII poseía de España en la nación de ciudadanos que deseaban ellos.

Aquel siniestro personaje, El Deseado para un pueblo que se batió contra el invasor francés por él, por la Fe, por la Patria y por la Independencia (no sólo por las dos últimas), y al que Marín ha dejado que se exprese a su antojo, como en esos grandes relatos de la literatura en los que el tirano toma la palabra para justificarse ante Dios y ante sí, no tendría nada difícil, después de que Napoleón le liberase, en dar al traste con unas utopías sentimentales que carecieron de la unanimidad

suficiente, porque, digamos lo que digamos sobre él y por más calificativos negativos que le endosemos, El Narizotas conocía muy bien a sus súbditos. Unos súbditos que tan pronto aclamaban (cuando él se revuelve contra sus padres y Godoy, o a su regreso a España sin el menor ánimo de jurar la Constitución gaditana, o cuando cuelga al comandante Riego tras arrastrarle hasta la horca) como vituperaban (el absolutismo tras la asonada liberal de 1820, antes de hacer cantar el Trágala en las calles a los sospechosos de conservadurismo, por ejemplo).

Por eso mismo, mientras estas celebraciones llegan a su fin, no puedo evitar recordar, al hilo de lo que estoy viviendo estos días con amargura, que, tras la euforia de aquel ideario de soberanía nacional, en 1813 estábamos ya inmersos en problemas con el fuerismo vasco y el foralismo catalán, y con las dos Españas a garrotazos y tan a gusto con los extremismos, así fueren los reaccionarios de El Ángel Exterminador o los “progresistas” de La Sociedad del Martillo (en medio, como siempre, algunas mentes preclaras, en el exilio, en la cárcel, o tratando de imponer sentido común, como Martínez de la Rosa).

Pero volvamos a este estupendo broche que preside el monólogo de Fernando VII, un monarca sobre el que lo único positivo que pueden contar sus escasos defensores es que era campechano y dicharachero, buen aficionado al dibujo y a la pintura, gran poseedor de libros, adicto a los toros y a la copla andaluza, y amante





apasionado (a tenor de algunas cartas un tanto cursis que se conservan dirigidas a sus esposas). Y un espanto, digo yo, en lo concerniente al resto.

Pero un espanto que supo moverse como el pez en el agua en medio de la iniquidad: conspirando contra sus progenitores y humillándose al ser descubierto, sugiriendo a Napoleón que le adoptase como hijo cuando le tenía “cautivo” en Valençay, o tratando de hacerles creer a los que en 1820 le forzaron, ahora sí, a jurar la Constitución de 1812 que él ya había barajado esa posibilidad para su querido pueblo. Qué razón llevaba Napoleón cuando, después de haber tratado con él, escribió: “debí dejar que le conociese todo el mundo para desengañar a los que se interesaban por él. Cometí, sobre todo, el error de no consentir su continuación en el Trono. Las cosas hubieran ido de mal en peor en España y yo me hubiera adquirido el título de protector del viejo soberano dándole asilo en mi imperio”.

Un consumado hipócrita para el que su madre pidió la muerte al francés en esa patética página de la Historia de España que fue el encuentro que preparó Napoleón en Bayona entre los miembros de aquella familia esperpéntica que no nos merecimos como supervisores de nuestros destinos (el simplón de Carlos IV, que en tantas cosas me recuerda a Luis XVI; la intrigante María Luisa de Parma, que yo, como algunos, no creo que fuese amante de Godoy, aunque el trío que conformaron fue evidentemente raro y ella le legase a su muerte todos sus bienes al favorito, con la aquiescencia de su esposo; el despreciable Fernando; y hasta ese hermanito, Carlos, en el que los sectores más reaccionarios, del País Vasco y de Cataluña a la cabeza, depositarían sus esperanzas a la muerte del protagonista de este tebeo).

Es muy fácil, desde el presente, hacerle recipiendario a Fernando VII de casi todos nuestros males y repasar la saña que desplegó contra sus adversarios, saña que escandalizó incluso al entonces Zar de todas las Rusias, pero haríamos mal en ignorar la “fernandolatría”, como la llamó algún historiador, que aquejó severamente a este país durante un buen número de esos años y que pone de manifiesto la volubilidad de eso que llamamos la masa, y que entonces se llamaba el pueblo llano, y la ceguera sobre el comportamiento de la misma de algunos intelectuales.

Y desde luego no le podemos dejar de reconocer cierto carácter previsor: cuando murió tenía quinientos millones de reales depositados en una cuenta del Banco de Londres, por si le venían mal dadas y tenía que tratarse de la fastidiosa gota allende nuestras fronteras. Ya lo he dicho antes, y ahora lo repito: El Narizotas conocía muy bien a sus vasallos. Y nada mejor para despedirle, antes de que se adentren en el estupendo relato de Rafa Marín y Aureo Lorenzo, que algunos fragmentos de aquella proclama que caviló concienzudamente tras el golpe de Estado de Riego de 1820: “Me habéis hecho entender vuestro anhelo de que se restableciese aquella Constitución que, entre el estruendo de armas hostiles, fue promulgada en Cádiz el año de 1812... (...) He oído vuestros votos; cual tierno padre he condescendido a lo que mis hijos reputan conducente a su felicidad. He jurado la Constitución por la que suspirabais y seré su más firme apoyo. Ya he tomado las medidas oportunas para la pronta convocación de las Cortes... (...) Marchemos francamente y yo el primero por la senda constitucional.” Tres años después nos echaría encima a los Cien Mil Hijos de San Luis de aquella Santa Alianza.■



YO, FERNANDO VII DE BORBÓN Y PARMA,  
REY DE LAS ESPAÑAS.

REY DE CASTILLA, DE LEÓN, DE ARAGÓN, DE MALLORCA, DE  
LAS DOS SICILIAS, DE SEVILLA, DE JERUSALEN, DE NAVARRA,  
DE GRANADA, DE TOLEDO, DE VALENCIA, DE GALICIA, DE  
CERDEÑA, DE CÓRDOBA, DE CórCEGA, DE MURCIA, DE JAÉN,  
DE LOS ALGARVES, DE ALGECIRAS, DE GIBRALTAR.

DE LAS ISLAS CANARIAS, DE LAS INDIAS ORIENTALES E  
INDIAS OCCIDENTALES, DE LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL  
MAR OCEANO; ARCHIDUQUE DE AUSTRIA; DUQUE DE  
BORGONA, DE BRABANTE, DE MILAN, DE ATENAS Y  
NEOPATRIA; CONDE DE HABSBURGO, DE FLANDES,  
DEL TIROL, DEL ROSELLON, Y DE BARCELONA.

SEÑOR DE VIZCAYA Y DE MOLINA; SOBERANO GRAN  
MAESTRE DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO Y  
GRAN MAESTRE DE TODAS LAS ÓRDENES CIVILES  
Y MILITARES DE ESPAÑA.

POR LA GRACIA DE DIOS.

POR SU DIVINA GRACIA.



NO SOY UN ACCIDENTE DE LA HISTORIA.

SOY SU DESARROLLO, SU ENCARNACIÓN, SU DESTINO.



LLEVO MARCADA LA PATRIA EN LAS ENTRAÑAS. DESDE MI INFANCIA  
NACÍ PARA ESA VOLUNTAD, HEREDERO DE UNA PATRIA A LA DERIVA.  
FUE MI MISIÓN LA SUERTE DE ENMENDARLA.



Y LO HICE SÓLO. PORQUE LOS REYES VIVEN EN SOLEDAD.  
¿QUIÉN NOS COMPRENDE?

SÉ QUE HE VIVIDO RODEADO DE ADULADORES.



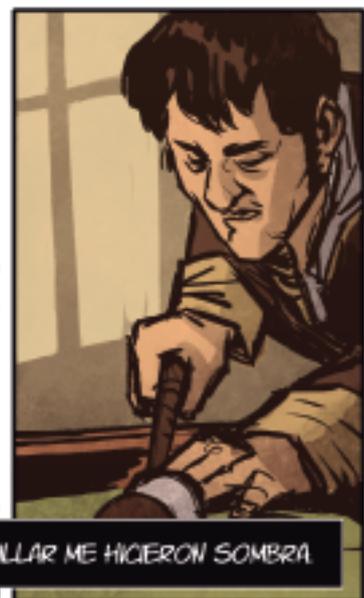
SÉ QUE QUISIERON DE MÍ LOS TÍTULOS QUE OTORGUÉ, LOS FAVORES QUE PRESTE, LOS DINEROS QUE PERDONÉ Y LOS QUE PEDÍ.



MI "CAMARILLA".



MI AL BILLAR ME HICERON SOMBRA.



SÉ QUE HE VIVIDO RODEADO DE ENEMIGOS. ME HAN ODIADO TANTOS HOMBRES... COMO QUIZÁ, A VECES, LES HE CORRESPONDIDO.

PERO NINGUNO COMO ÉL, NINGUNO.

NI COMO ELLA TAMPOCO.

PRÍNCIPE DE LA PAZ, OSÓ LLAMARSE. Y ELLA REINA DE ESPAÑA, MI MADRE, LA ESPOSA DE UN VIEJO IMPOTENTE Y CORNUDO.



LA TAREA DE LOS REYES ES SER REYES EN TODO MOMENTO. PARA ESO HEMOS SIDO DESIGNADOS. ESA ES LA TAREA QUE ARRUGA NUESTRAS FRENTES.



Y SIN EMBARGO ÉL, ADVENEDIZO, ¿CUÁNTO ROBÓ? ¿QUÉ PODERES SE ATRIBUYÓ, QUE CARCIAS ROBÓ A SU LEGÍTIMO DUEÑO, A SU LEGÍTIMO HIJO?



HIZO SU FORTUNA A LA SOMBRA DEL REY, BAJO EL SOL DEL EMPERADOR. QUITÁNDOME LO QUE ERA MÍO. LA PAZ QUE VENDIÓ FUE UNA PAZ FÁCIL.

Y YO ARDÍA DE GANAS DE QUE LLEGARA MI MOMENTO.



UN REY DEBE SER ROBLE Y TAMBIÉN PALMERA. TIENE QUE SER RECIO Y AL MISMO TIEMPO HA DE SABER COMBARSE AL VIENTO.



EL VIENTO ERA NAPOLEÓN, NO GODOY. NO MI PADRE, DON CARLOS, NO MI MADRE, LA DESGRACIADA QUE ENCONTRÓ EN LOS BRAZOS DE ESE GUAPO CHORICERO UN CONSUELO QUE TENDRÍA QUE HABER HALLADO EN OTRO LECHO



YO FUI ROBLE COMO MI PADRE. CON GODOY EL MALNACIDO.

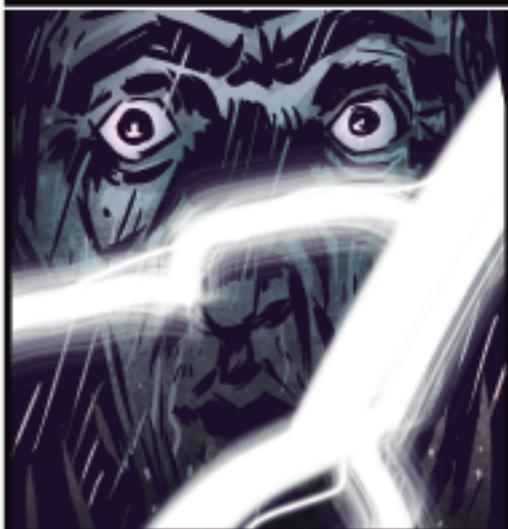
YO FUI PALMERA CON NAPOLEÓN. JUGUÉ MIS CARTAS. GANÉ TIEMPO.



HOY NAPOLEÓN SE PUDRE EN EL RECUERDO Y YO SIGO BEBIENDO VINO DE BURDEOS.



HOY NAPOLEÓN SE DUELE EN SUS DERROTAS Y YO ME REGODEO EN MI VICTORIA SOBRE EL TIEMPO.



"VÍSTEME DESPACIO, QUE TENGO PRISA", DICEN QUE DIJE. NO LO RECUERDO. NO ES BUENA LA PRISA, NUNCA ES MEJOR, ESTUDIAR EL TAPETE, TEMPLAR EL INSTANTE.



HAY QUE SER ANTES MOSCA PARA PODER SER ARAÑA. ESO ME LO HAN ENSEÑADO LOS AÑOS.



YO FUI MOSCA EN MIS AÑOS MOZOS. ES DECIR, ME PRECIPITÉ. FUI IMPACIENTE.



Y CAÍ EN MI MISMA TRAMPA.

PERO APRENDÍ DE MI PROPIO ERROR, DE MI PROPIO IMPETU. GANÉ TIEMPO, UNA VEZ MÁS, PARA TEMPLAR LA PARTIDA, PARA APLASTAR AL COBARDE, PARA CONSEGUIR, POR FIN, EL TRONO.



HASTA QUE LLEGÓ ARANJUEZ.



UNA MANO BIEN JUGADA.



UN PREMIO CONSEGUIDO A PULSO.



LUEGO TUVO QUE ENTROMETERSE BONAPARTE.





NAPOLEÓN, ESTOY SEGURO, NOS TEMÍA. QUISO ACABAR CON NUESTRA ESTIRPE COMO ESOS ÁRBOLES QUE SECAN TODOS LOS OTROS ÁRBOLES QUE TIENEN CERCA.

COMO EN UN JUEGO DE NAPESES, EL TRONO DEL REY VIEJO PASÓ AL REY JOVEN, Y OTRA VEZ AL VIEJO, Y LUEGO A NADIE. AL HERMANO BORRACHO.



NOS HIZO PRISIONEROS. NOS ARRASTRÓ AL EXILIO. Y NOS ROBO NUESTRO PUEBLO. MI PUEBLO.





NO CONOCÍA EL ALMA ESPAÑOLA.

NO CONOCÍA MI ALMA, QUE LES DIO ALIENTO.

MATARON POR MÍ. MURIERON POR MÍ. SE ENFRENTARON  
AL EJERCITO MÁS PODEROSO DE LA HISTORIA.

Y LO VENCERON

Y MIENTRAS TANTO YO  
LANGUIDECÍA. ESPERABA.



TRAZABA NUEVOS PLANES, BUSCABA ESPONSORIOS DIGNOS, TE JIA  
OTRA VEZ LA TELA DE ARANA QUE ME DEVOLVIERA LO QUE ES MIO.  
LO QUE SIEMPRE HA SIDO MIO POR DERECHO.

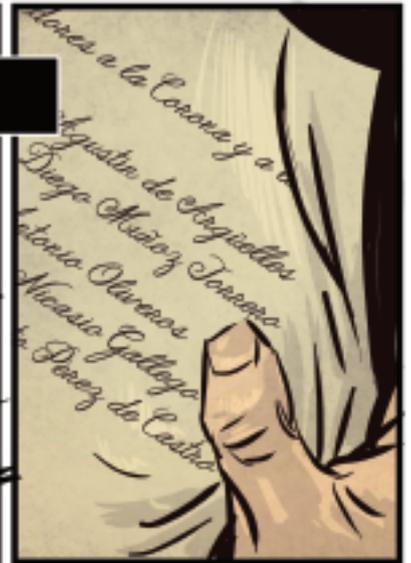


LES MANDÉ CELEBRAR CORTES. EN MI AUSENCIA, SOMETIDOS TODAVIA  
A MI LEY. NO RECONOCIERON OTROS PRINCIPIOS QUE LOS JURADOS

EN CÁDIZ FUE.  
EN CÁDIZ SE HIZO.

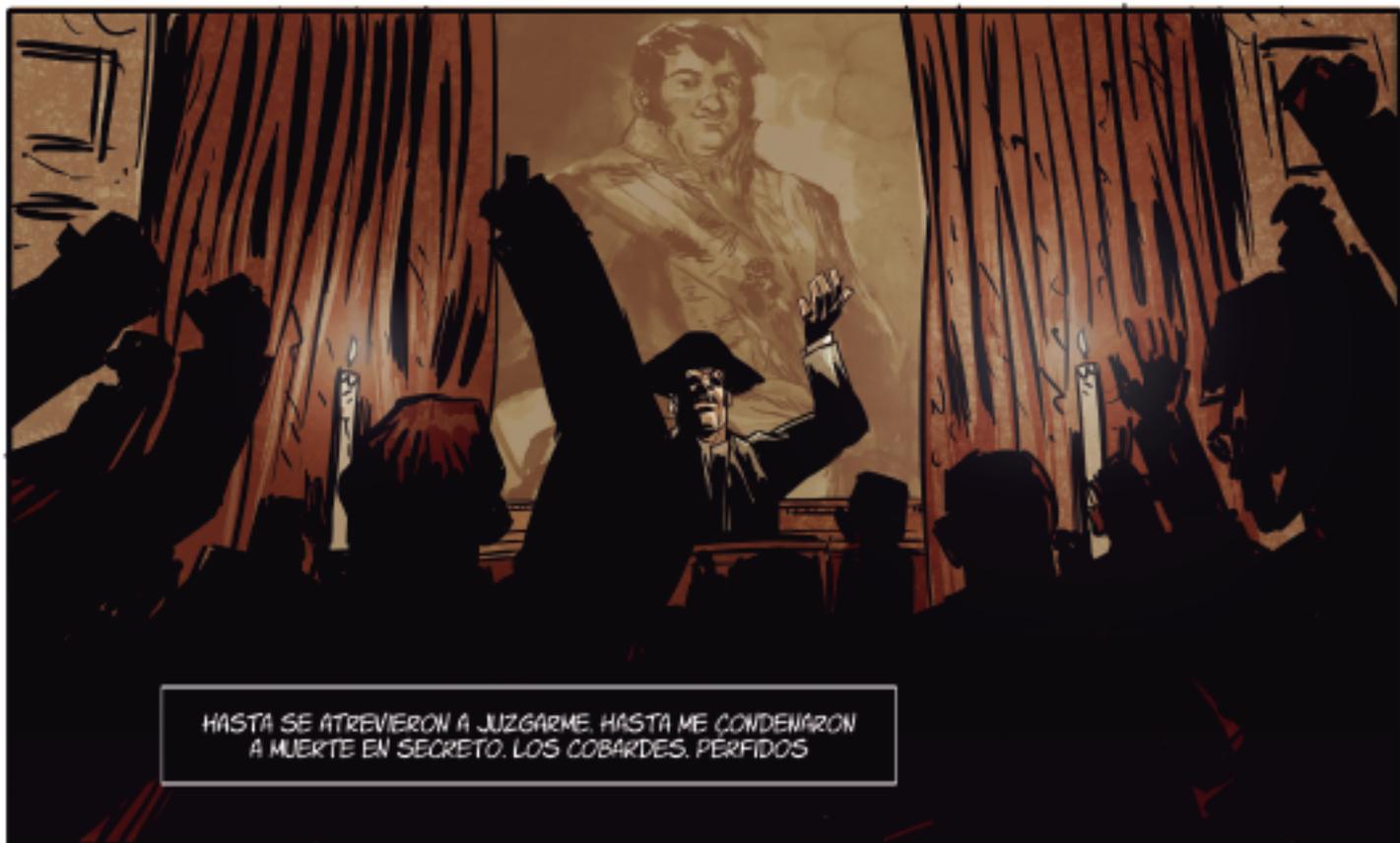


Y SIN EMBARGO...



SIN EMBARGO NO TODOS COMPRENDIERON QUÉ QUERÍA YO QUE HICIERAN. NO LES PEDI UNA CONSTITUCIÓN. NO LES PEDI QUE INTENTARAN RECORTARME LAS ALAS. NO LES PEDI QUE VISTIERAN DE UN TRAJE NUEVO LA VIEJA PIEL DE TORO DE ESPAÑA.





HASTA SE ATREVIERON A JUZGARME. HASTA ME CONDENARON  
A MUERTE EN SECRETO. LOS COBARDES. PERFIDOS



YO LANGUIDECÍA EN LA FRANCA.



Y ELLOS SE REPARTÍAN EL BOTÍN DE MI IMPERIO. SEIS LARGOS AÑOS.



OTROS ME LLAMARON REY FELÓN.

ME LLAMARON NARIZOTAS. SIEMPRE A MIS ESPALDAS, FUERA DEL ALCANCE DE MI ODO.



NO COMPRENDIERON QUE PARA EL PUEBLO YO FUI, MAS QUE NINGUNA OTRA COSA, EL DESEADO.

OCHO MILLONES DE REALES, EL PRECIO DE LA ABDICACIÓN  
DEFINITIVA DE MI PADRE. GODOY PARA SIEMPRE ELIMINADO.

Y REGRESE. AH, SÍ, REGRESE. DEMOSTRÉ  
QUIÉN TENÍA AL PUEBLO DE SU PARTE,  
LA SARTEN POR EL MANGO.



VIVAN LAS CADENAS, GRITARON A MI PASO. EXIGIERON QUE YO PUSIERA ORDEN EN AQUEL TERRIBLE DESCONCIERTO.



NADIE PISOTEA MIS DERECHOS. POR LO TANTO, NO ME TEMBLÓ LA MANO.

NI SIQUIERA CUANDO VOLVIERON LUEGO Y ME SOMETIERON, DURANTE TRES AÑOS, A LA VILEZA DE SER UN TÍTERE EN SU PODER



TUVE QUE CORTAR DE NUEVO. CUCHILLO AL ROJO. PARA QUE LA INFECCION NO SE EXTIENDA, A VECES HAY QUE AMPUTAR EL MIEMBRO.

ASÍ LO HICE.



NO VACILÉ. LA HISTORIA ME JUZGA.



LA LIBERTAD QUE ELLOS PRECONIZAN ES UN  
ESPEJISMO, UN ESTERTOR DE SANGRE QUE  
SOLO PUEDE TRAER CAOS Y MUERTE.



HE VIVIDO FIEL A MIS PRINCIPIOS, HE SIDO EL REY QUE  
ME EXIGÍA MI HISTORIA, MI PASADO.



YO SOY EL REY QUE DARÁ  
FORMA AL FUTURO.

UN FUTURO QUE ME PERTENECE.



RAFAEL MARIN  
&  
DUEO



# UNA MIRADA A LA HISTORIA DETRÁS DE ESTAS HISTORIAS (THE MAKING OF 12 DEL DOCE)

Rafael Marín



Es posible que no supiéramos dónde nos estábamos metiendo.

La idea del Bicentenario de la Constitución de 1812 sonaba desde hacía tiempo en todos los mentideros de la ciudad. Iba a ser la panacea, el momento que pondría de nuevo a Cádiz en el centro del mundo, como nos cuentan que fue un día. Habría actos culturales y actos políticos, habría exposiciones y conferencias y pasacalles y concursos, ensayos eruditos y también, si era posible, entretenimiento. Creíamos que tendríamos un segundo puente sobre la Bahía y que nuestras infraestructuras mejorarían para darnos el impulso definitivo de entrada en el siglo veintiuno. Qué se consiguió y qué se nos quedó en el charco de los papeles mojados es algo que no viene a cuento aquí y ahora: saque cada lector sus conclusiones propias.

A nadie, cierto, se le ocurrió hacer la gran película del Cádiz de aquellos años. Hubo novelas de autores de fuera y novelas de autores de dentro, se celebró en Carnaval y todo el mundo quiso colaborar de alguna forma, algunos desinteresada, otros, quizás, por colgarse la medalla.

Y entonces llegamos nosotros.

La idea debió de ser de Fritz, o sea, de Ricardo Olivera. ¿Cómo podríamos desde la humilde historieta, desde el tebeo de toda la vida, poner nuestro granito de arena para contar cómo fue el 12, qué supuso la Pepa para la vida y la historia de esta ciudad, para la historia que ahora celebraríamos doscientos años después?

Y por eso, una tarde, nos reunimos en la Casa Pemán e intercambiamos una tormenta de ideas. ¿Se editaba una revista conmemorativa donde cada dibujante diera su propia visión, o un serie de historias donde se contara más o menos qué fue aquello? Se propuso entonces la idea de hacer una serie de álbumes, tres por año. Y de la barra libre de cada autor para dar su visión, por aquello de no repetirnos, y también por no salirnos demasiado de madre, se decidió contar en esos doce libros una gradación dramática desde los inicios remotos de la situación histórica hasta el final de aquel sueño constitucional que hoy se cierra con este álbum. Rafael Marín, que pensaba colaborar si acaso en un par de álbumes, se vio de pronto en la labor de guionizarlos todos, para que la visión en conjunto compusiera una historia con principio y fin. Fritz, o sea, Ricardo Olivera, se quedaría con las funciones de director

artístico y enlace con el puñado de dibujantes con quienes habría que contactar.

Tres álbumes por año, en los próximos cuatro años. ¿Cómo llamar a la criatura? ¿Doce álbumes para el 12? Y se decidió, en aquel momento, llamar a la serie 12 del Doce.

Eso fue hace cinco años, cuando el 2012 que se nos va todavía parecía muy lejano. Teníamos tiempo de sobra.

Se pretendió, desde el principio, contar la historia a ras de calle, no desde los grandes hechos pomposos y los próceres con palabras esculpidas en piedra, sino de la gente normal, desde el pueblo llano, desde los gaditanos y gaditanas de entonces, nuestros tatarabuelos: cómo vivieron aquella invasión de liberales y diputados, de portugueses exiliados, de ingleses que de pronto dejaban de convertirse en el enemigo que había

derrotado a la flota en Trafalgar para ser el aliado contra el todopoderoso Napoleón Bonaparte.

Y se pretendió, también, que los dibujantes fueran en lo posible autores de Cádiz, tanto de la provincia como de la ciudad, aunque fue inevitable recurrir (y fue un acierto) a algún autor de otros rincones de España: la calidad de su trabajo nos permitía hacer ese dispendio. Como el guionista de pronto se puso muy serio y muy sesudo, y como también era imposible no contar con Melchor Prats (Mel) como parte integrante del equipo, se decidió que los álbumes se complementarían con una página de tiras humorísticas, donde nuestro dibujante pondría a veces en solfa buena parte de la lección histórica y moral del álbum recién leído.

Pronto se hizo necesario un asesoramiento histórico, sobre todo para las peculiaridades del dibujo y la necesaria información gráfica a la que tendrían que recurrir los dibujantes. José Joaquín Rodríguez Moreno sería el encargado de esa tarea, y también de completar cada álbum con una serie de notas históricas que complementarían la narración y pudieran servir, a su vez, de guía didáctica de la época.

Mientras Fritz se dedicaba a contactar



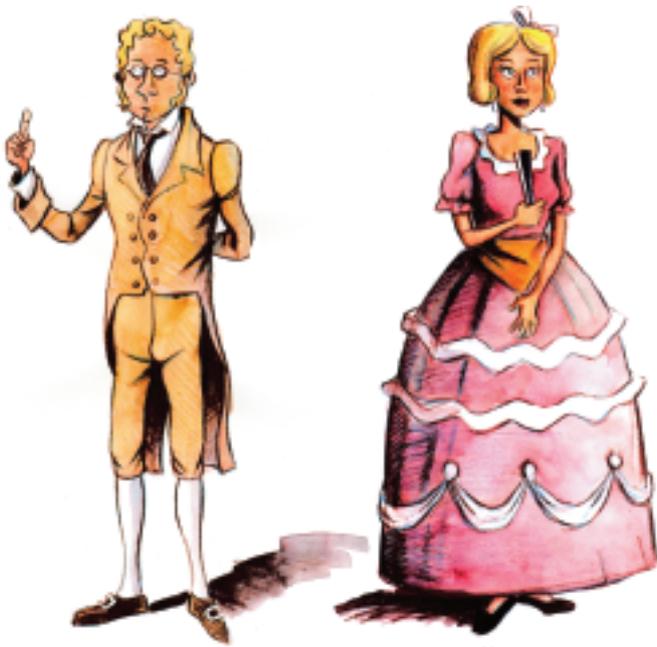
*Diseño de Teresita la Reina, para Con las Bombas que tiran, por Olga Carmona.*

con dibujantes y ofrecerles la posibilidad de trabajar en los álbumes (álbumes que a veces estaban programados para tres o cuatro años más adelante), Rafael Marín, con un año de anticipación sobre el primero de los álbumes, empezó a leer toda la bibliografía sobre el tema a la que tuvo acceso. No fue una tarea ingrata, pero sí agotadora: leer cada noche, aunque fuera en diagonal, textos y textos sobre un hecho histórico donde la palabra sustituyó a la acción y donde el debate fue más importante que el marco bélico donde, como en una burbuja, los diputados doceañistas redactaron su Constitución fue un esfuerzo.

Porque el principal problema de todo aquello fue que quisimos siempre hacer tebeos

*Bocetos de Chano y Sebastián, para Las cuevas de María Moco, por Antonio Romero.*





*Ernesto y Clara, protagonistas de Domingo de Piñata, por Fritz.*

modernos. Tebeos que, antes que vehículos para la propaganda o la didáctica de la historia, fueran tebeos de hoy para los lectores de hoy. En ningún momento se quiso hacer tebeos históricos como habíamos leído y sufrido desde siempre: páginas y más páginas de personajes posando y textos al pie explicando los pormenores de la historia. Queríamos historias donde los personajes fueran identificables, cercanos, populares. Y queríamos que los dibujos y el color transmitieran la idea de que, en todo momento, estábamos haciendo cómics contemporáneos: por eso dos álbumes (casi tres) son mudos, por eso no hay sobreexplicación en textos de apoyo, por eso se pretende una disposición de páginas de no más de cuatro viñetas en horizontal en la mayoría de los libros.

Durante casi un año antes de empezar a guionizar, Marín leyó y subrayó, buscando los elementos anecdóticos que pudieran rodear los álbumes de la imprescindible capa de peripecia necesaria: la huida de unos presos franceses de un pontón sugirió la historia de la barca de “Las cuevas de María Moco”; la epidemia de fiebre amarilla que obligó a los diputados a escapar de Isla de León (hoy San Fernando) e instalarse en el Oratorio de San Felipe Neri nos dio en bandeja el toma y daca entre el niño Muergo y el liberal Agustín Argüelles; el romanticismo que nacía y los muchos periódicos de la época inspiraron la pareja de enamorados de “Domingo de Piñata”; la hermosa idea del pueblo de Cádiz iluminando la playa con fogatas para socorrer a los barcos

tras la batalla de Trafalgar y la inquietud de quienes oyeron el fragor de la batalla desde tierra fue el eje donde se vertebró “Trafalgar”, nuestro primer título.

Los doce álbumes, poco a poco, cuajaron como una especie de teatrillo donde los personajes asomarían de un libro a otro, a veces como protagonistas, a veces como meros transeúntes: ahora que la serie está terminada pueden ustedes ver cómo Teresita la Reina aparece varias veces, igual que Chano y Sebastián, nuestra pareja de pícaros cómicos, o María la panadera y su hija Pepa, y hasta en la escena de este álbum que rememora los fusilamientos de Torrijo veremos el destino final del gacetillero Ernesto.

Fue uno de los principales problemas logísticos de esta historia: que cada dibujante comprendiera su labor en el mosaico de los doce álbumes, que compondrían una vez leídos todos una suerte de “novela gráfica”, y que el parecido físico, siendo tan distintos a veces los estilos de los muchos artistas, permitiera reconocerlos de un álbum a otro.

*Estudio de Juan el Corto, para Guerrilleros, por Sergio Bleda.*





Escribir un tebeo histórico puede ser más o menos fácil, pero dibujarlo no lo es. Sobre todo, sobre una época de la que hay tan poco material gráfico donde basarse. ¿Cómo era Cádiz en 1812? ¿Qué calles son todavía reconocibles y podrían servirnos de inspiración plástica? ¿Qué esquinas? ¿Qué plazas? ¿Cómo eran las farolas, los cafés, los periódicos? ¿Y la moda? Goya siempre vino a nuestro encuentro, y a veces incluso el cine de cartón piedra de Cifesa. Pero siempre nos queda el resquemor: ¿Eran correctos aquellos uniformes? ¿Esos pantalones y ese sombrero? ¿Qué queda hoy del cementerio de entonces? ¿Había lunas en los escaparates de las tiendas? ¿Y la bandera? ¿Era ya la rojigualda (sabemos que no), o no merecía la pena ser puntillosos e identificar a España por otra distinta?

Los dibujantes tuvieron que ir entregando primero su trabajo a lápiz, para que al menos tres pares de ojos más buscaran algún gazo inevitable. Desde el magistral dibujado con aspecto de mago de El señor de los anillos, que hubo que cambiar cuando se encontró la imagen real del personaje, al jinete que montaba al revés, o el equívoco al dibujar a Fernando VII en lugar de Carlos IV. Anécdotas que pudieron ser corregidas a tiempo, entre risas a veces, con apuro

*Página del storyboard de El Deseado, por Aureo Lorenzo.*



*Fragmento de página a lápiz de Moreno, por Juan Luis Rincón.*

otras.

Han sido cuatro años de trabajo. Muchas horas de lectura, muchos lápices afilados, muchas pinceladas de color. Está mal que lo digamos nosotros, pero el experimento no se había hecho nunca en ningún otro sitio. No de esta forma. No con tanta dedicación de tanta gente como ha colaborado. Ha sido un trabajo conjunto: dibujantes, guionista, coloristas, asesor histórico, coordinador. Cada uno ha sabido, casi siempre, dejar a un lado sus manías y sus egos y ponerse al servicio de lo importante: la historia y el tebeo.

Han pasado cinco años desde que empezamos y al vértigo del paso del tiempo se añade la tristeza por el punto final. Quedan tantas historias por contar de Cádiz y con los gaditanos... Ojalá que un día podamos iniciar otro proyecto similar. Y ojalá podamos ver los doce álbumes recopilados en un solo libro.

Nos queda dar las gracias a toda la gente que nos ha arropado con sus prólogos; a Enrique del Álamo, el primero que confió en nosotros; a José Luis García Almozara, que nos sirvió de enlace y voz de la conciencia cuando había retrasos; a José Luis Romero, que tomó el testigo; a la Oficina del Bicentenario, al principio, y al Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz, que nos ha permitido rematar la faena a pesar de la crisis.

Y a los lectores anónimos que siempre nos preguntan cuándo saldría un nuevo número.■

# EL RETORNO DEL REY

guión y dibujos: MEL

